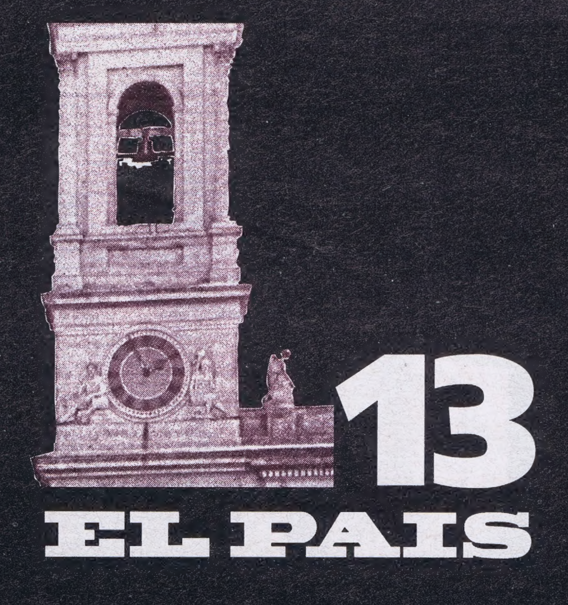
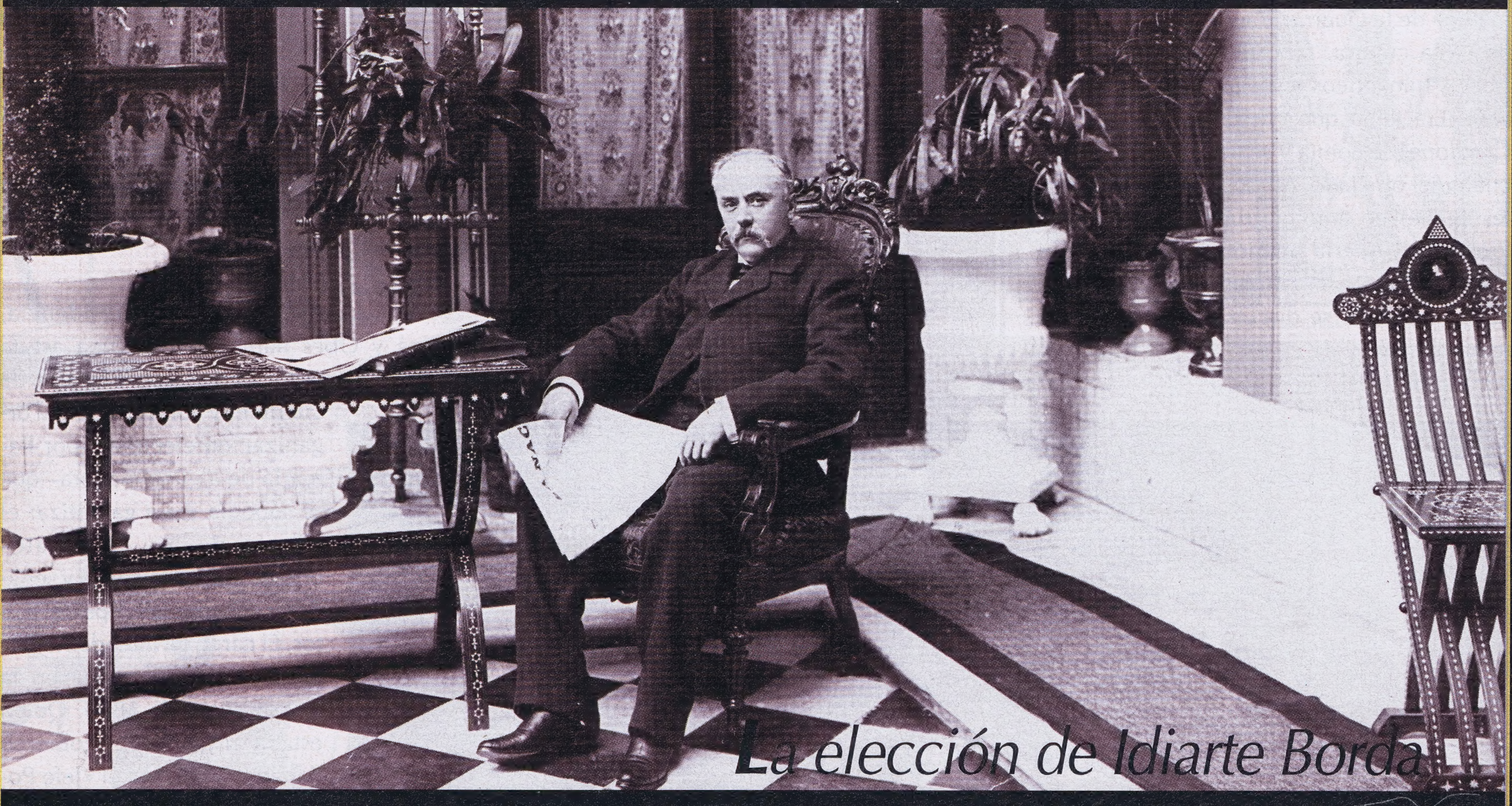


HISTORIA del URUGUAY en IMÁGENES

EL ASESINATO DE UN PRESIDENTE



La elección de Idiarte Borda

Influencia directriz

Montevideo y la campaña

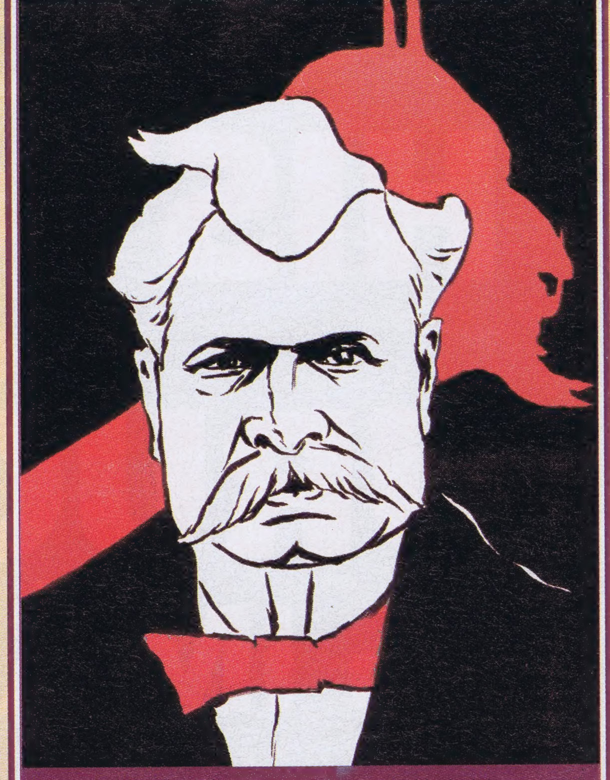
La filtración demográfica

Julio Herrera y Obes

Julio Herrera y Obes deseaba superar la etapa militarista e ideó un proceso de transición que recurría a la figura intermediaria de un militar con propensiones civilistas que trataría de desarmar –y desarmó– el aparato militar desde adentro. Ese fue el rol cumplido por el presidente Tajes, pero ¿qué sucedería después? Este había terminado su mandato decorosamente, habiendo cumplido un papel importante en el reencauzamiento de la vida institucional del país. Su influencia subsistió, como suele suceder, en los años siguientes; y Tajes tal vez conservó la esperanza de que la historia le reservase otro rol protagónico. Pero no fue así. Durante años tuvo su grupo de amigos y hasta cierta influencia que se fue diluyendo en las administraciones posteriores.

Una cosa estaba clara y era que el Partido Colorado no abandonaría el poder. Se irían los militares –ya se estaban yendo– y vendrían los civiles, pero el Secretario de la Presidencia, el Doctor Julio Herrera y Obes, desde ese cargo, había estado proyectándose en la carrera hacia la primera magistratura.

Julio Herrera y Obes era un hombre tan inteligente como lo había sido su padre, que fue el verdadero triunfador –diplomacia por medio– de la Guerra Grande. Era un hombre de vasta cultura, con una personalidad de ribetes románticos y un gran gustador de la vida. Era fama que en su casa de la calle Canelones se comía y se bebía mejor que en cualquier otro lado. Allí se reunía en frecuentes ágapes un amplio grupo de amigos del Presidente, que la opinión pública terminó bautizando con el rótulo de «la colectividad», mientras se discutían a altos niveles temas de arte y de cultura. Y, por supuesto, temas políticos.



Julio Herrera y Obes. Habilísimo político de la época, cumplió un rol fundamental en la transición del militarismo al civilismo al propulsar la candidatura de Tajes, a la vez que fue el padre intelectual de la «influencia directriz». Aquí es retratado por el incisivo lápiz de un caricaturista de la época.

Imágenes de tapa

Campanario de la catedral.

Al concluir la presidencia de Herrera y Obes ningún postulante podía ser designado a la primer magistratura por no alcanzar los 45 votos necesarios. Eliminado de la candidatura Tomás Gomensoro se le entrega el mando interino al argentino –pero de larga tradición política en nuestro país– Duncan Stewart. Finalmente, luego de 21 días de incertidumbre y tras cuarenta votaciones es nominado Presidente de la República el Sr. Juan Idiarte Borda. Borda no contaba con el apoyo de Julio Herrera; tanto es así que se dice que al enterarse de la noticia, el ex mandatario dijo: "¡Mierda!".

El Presidente Julio Herrera y Obes –padre intelectual de la «Influencia Directriz»– rodeado de su gabinete ministerial. En la imagen aparecen Juan Idiarte Borda, Eduardo Chucarro y Miguel Herrera y Obes.

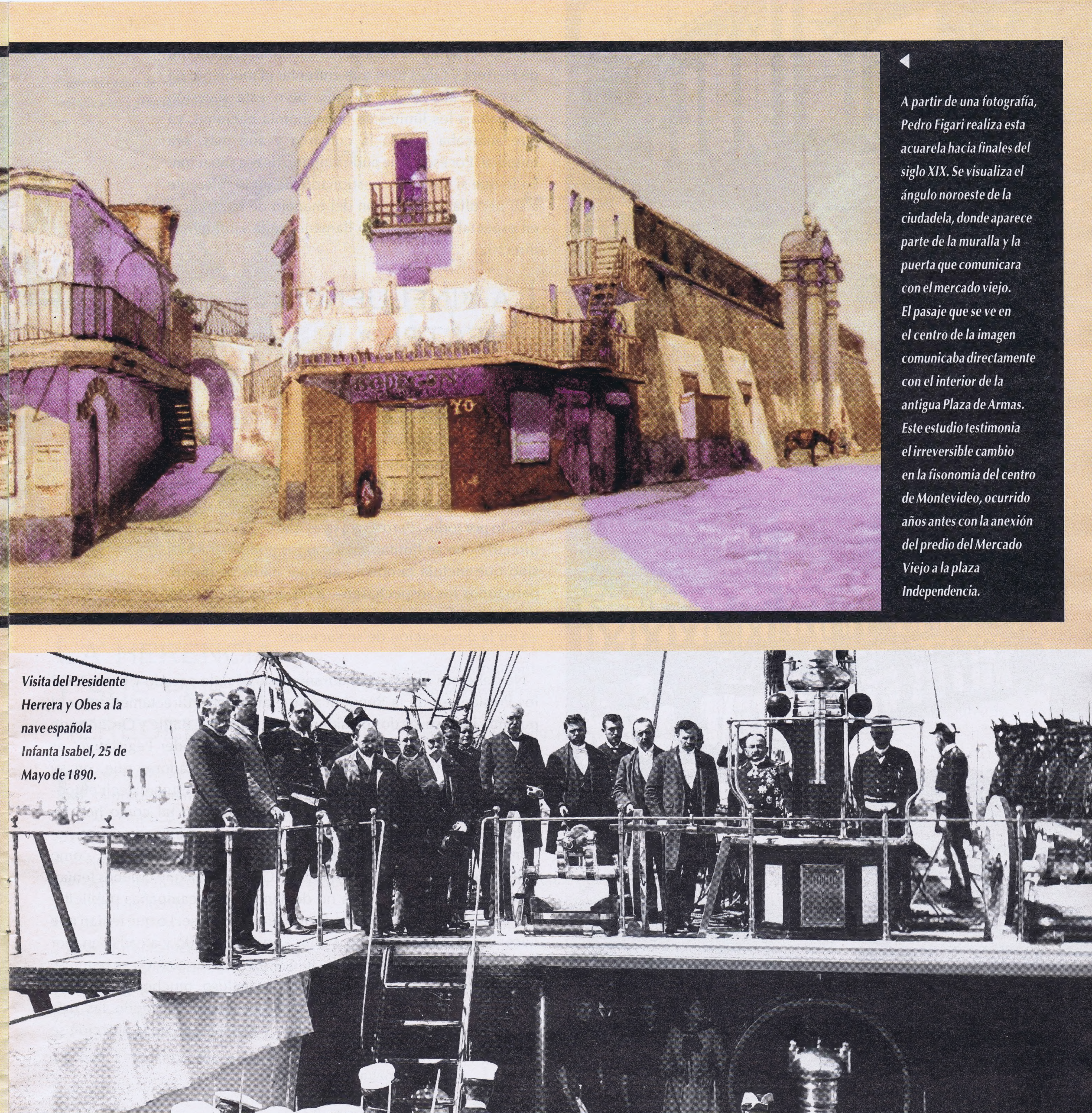




Para recrear la figura del Doctor Herrera y Obes no debemos olvidar la figura de una novia eterna, Elvira Reyes, a la que visitaba regularmente los días marcados con tal fin. En los tiempos de opulencia viajaba en carruaje desde el Centro hasta las proximidades de la plazoleta Atahualpa en el Prado. Pero hacia el final de su vida de solterón empedernido viajaba en el tranvía número 20, cuyos funcionarios debían tocarle la campana anunciando la última salida para su regreso al Centro.

Desde la Secretaría de la Presidencia, Herrera y Obes había ejercido una astuta estrategia tendiente a crear, sobre la base de cuarteles y comisarías, una organización electoral –por llamarla de alguna manera– que se suponía iba a garantizar el triunfo de los candidatos oficialistas a diputados y senadores en todos los departamentos. El cargo de Intendente Departamental no existía en la Constitución de 1830. Quien estaba al frente del gobierno departamental era el «Jefe Político y de Policía» nombrado directamente por el Presidente de la República.

Dicho todo esto, se comprenderá lo natural que resultó que la Asamblea General eligiese a Julio Herrera y Obes Presidente de la República para el período 1890-1894.



A partir de una fotografía, Pedro Figari realiza esta acuarela hacia finales del siglo XIX. Se visualiza el ángulo noroeste de la ciudadela, donde aparece parte de la muralla y la puerta que comunicara con el mercado viejo. El pasaje que se ve en el centro de la imagen comunicaba directamente con el interior de la antigua Plaza de Armas. Este estudio testimonia el irreversible cambio en la fisonomía del centro de Montevideo, ocurrido años antes con la anexión del predio del Mercado Viejo a la plaza Independencia.

Visita del Presidente Herrera y Obes a la nave española Infanta Isabel, 25 de Mayo de 1890.



▲ Las exposiciones rurales de la época mostraban los más diversos tipos de animales y productos agrícolas. Esta fotografía registra la exposición de canes.





Fotografías de la III Exposición Nacional de Ganadería y Agricultura organizada por la Asociación Rural del Uruguay hacia marzo de 1895 y con los auspicios del Gobierno. A esta Exposición se presentaron 203 ganaderos y 283 establecimientos de agricultura. En la imagen superior se aprecia la visita de un grupo de niñas de diversas escuelas de Montevideo.

Desde el punto de vista de la economía, el gobierno de Herrera y Obes tuvo que enfrentar el momento de crisis que atravesaba el país, pero esta recesión escapaba a los límites de la economía nacional, ya que abarcaba a toda la comarca y aún más, era mundial. Por eso nadie pudo culparlo de esa situación. En lo que sí fue muy cuestionado fue en lo referente a su peculiar concepción del manejo de la política, en especial lo que acabó llamándose la «influencia directriz».



LA «INFLUENCIA DIRECTRIZ» Y SUS LÍMITES

Esta expresión que hizo época, utilizada por el Presidente de la República en un mensaje al Parlamento, aludía a que, de una u otra forma, el gobierno tenía siempre una «influencia directriz» en todos los actos de la administración. Eso era sabido por todos. Pero lo grave es que esa «influencia directriz» no se limitaba a los actos administrativos sino que incluía también –aunque nadie lo dijese, pero todos los sospechasen– a los actos electorales en los que el propio gobierno venía a resultar decisivo en la designación de su sucesor.

No debemos olvidar que durante todo el siglo pasado y hasta 1923 los Presidentes de la República no eran electos directamente por el pueblo –incluso las dos presidencias de Don José Batlle y Ordoñez no lo fueron– sino por la Asamblea General del Poder Legislativo, es decir, la reunión conjunta de diputados y senadores que, en su primera sesión, designaba al primer mandatario. Quiere decir entonces que las campañas presidenciales no existían tal como hoy las entendemos porque el número de electores era muy pequeño, generalmente de algunas decenas de personas que eran las que, como legisladores, votaban en la Asamblea General. Así que quienes tenían aspiraciones presidenciales no debían encarar campañas publicitarias para el gran público ni nada que se le pareciese. Lo que tenían que hacer era conversarse, uno a uno, a cada diputado y a cada senador comprometiendo su voto. Pero lo que iba a pasar cuando se reuniese la Asamblea no lo sabía nadie porque, incluso, muchos que habían dicho que iban a votar a un candidato luego, alegando las más variadas razones, cambiaban su voto y el resultado de la elección se tornaba imprevisible.



Primeros carros de bomberos motorizados a principios de siglo.

La herencia y sus posibles herederos

Pero como suele suceder muchas veces, el problema más grave se planteó cuando empezó a vislumbrarse el fin del mandato presidencial de Julio Herrera y Obes. Allí sí arreciaron las tensiones y los conflictos aún dentro de la «colectividad», del grupo de amigos selectos del mandatario.

Una cosa era tener influencia –aunque fuese «directriz»– pero otra era convencer, uno a uno, a senadores y diputados de que debían votar por un determinado candidato. Lo que cada cual iba a hacer cuando se reuniese la Asamblea General sólo lo sabía el propio interesado, cuya voluntad y cuyos deseos eran también fluctuantes.

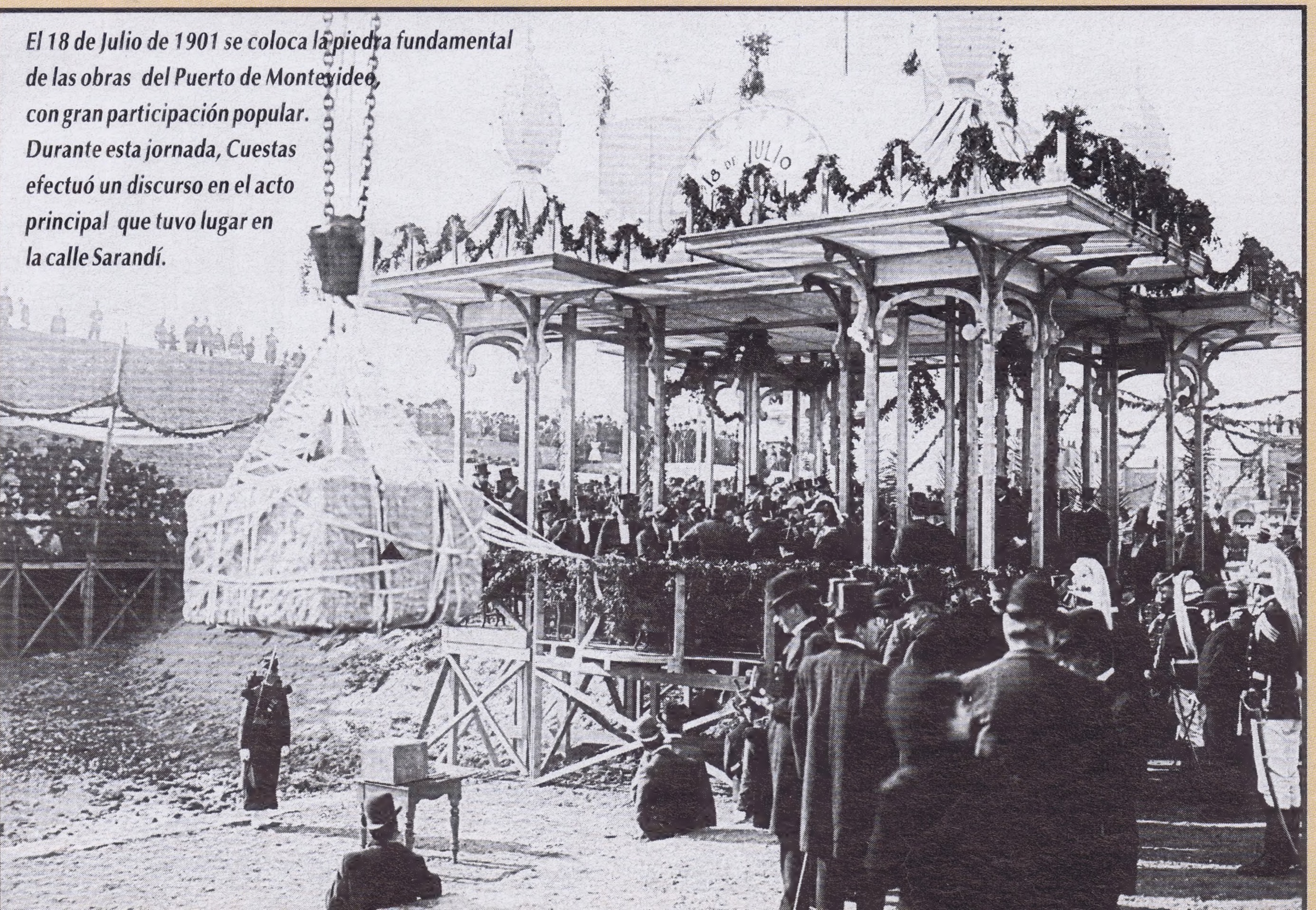
Como es de suponer, el presidente se había asegurado que la gran mayoría de los diputados y senadores electos respondiese a su influencia. Pero luego muchos de ellos mostraron tener ideas propias y resultaron muy difíciles de manejar.

El verdadero candidato oficial, que quería imponer el hombre fuerte del Partido Colorado que era Julio Herrera, también era difícil de determinar, porque una de sus estrategias consistía en aparentar apoyar a alguien para que luego los electores se nuclearan en forma distinta a la prevista tratando de calibrar cuales serían las consecuencias según uno u otro resultado.

En ese clima fue que se llegó, con bastantes dificultades, a elegir al nuevo presidente, presunto continuador del «colectivismo» de su antecesor.

El resultado, luego de veintiún días de votaciones infructuosas que hicieron temer, otra vez, por la estabilidad institucional, fue la elección de Juan Idiarte Borda.





El 18 de Julio de 1901 se coloca la piedra fundamental de las obras del Puerto de Montevideo, con gran participación popular. Durante esta jornada, Cuestas efectuó un discurso en el acto principal que tuvo lugar en la calle Sarandí.

La elección de Idiarte Borda

Juan Idiarte Borda había nacido en el interior, en la ciudad de Mercedes, y allí él y su familia se habían labrado una sólida posición económica. De origen vasco francés, se dedicó a variadas actividades como hacendado, comerciante y hasta accionista de importantes empresas creadas en la época de Reus. Colorado de tradición, tuvo desde joven una actuación destacada a nivel departamental ocupando cargos de responsabilidad, que empezaron en las comisiones directivas internas de su partido y terminaron invistiéndolo con el cargo de Diputado Departamental por Soriano y proyectándolo gradualmente a nivel nacional. Católico pero sin fanatismo, en una época en que arreciaba la lucha entre católicos y masones, colorado



Salida del Te Deum del 25 de agosto de 1896 don
el Presidente Idiarte Borda y el cortejo oficial,
Fitz Patrick desde la azotea del Cabildo. Un a
a las tres menos veinte de la tarde, en cir
similares, y en la misma calle Sarandí, Avelino
mediante un balazo ponía fin a la vida del

El entierro de Borda. En su «Libro de Arena», el escritor argentino Jorge Luis Borges dedica uno de los cuentos al matador de Borda, Avelino Arredondo: «No habían dado las tres cuando arribó a la Plaza Matriz. El Te Deum ya había concluido... Arredondo, que no sentía miedo, sintió una suerte de respeto. Preguntó cual era el presidente. Le contestaron: - «ese que va al lado del arzobispo con la mitra y el báculo». Sacó el revólver e hizo fuego (...) Arredondo se entregó a las autoridades. Después declararía: «Soy colorado y lo digo con todo orgullo (...) Este acto de justicia me pertenece. Ahora, que me juzguen».

pero con importantes amigos dentro del partido adversario, era un hombre respetado y tenido por ecuánime dentro de todos los sectores y además, un gran trabajador en las labores parlamentarias. Su trabajo como legislador durante varios períodos distó mucho de ser anodino y fue, por el contrario, raramente independiente, incluso de quienes habían impulsado su candidatura. En época de Latorre (en su último año, ya que antes no hubo parlamento), y de Santos y Tajes, su voto no era fácil de arrear en el montón y estando lejos de ser un líder carismático se había ganado un lugar en la vida política de su partido y del país. La prensa opositora lo acusaba también de graves ilícitos económicos, pero la verdad es que éstos no llegaron nunca a ser probados. De lo que no cabe duda es de que Idiarte Borda carecía totalmente de instinto político y que su intransigencia y falta de habilidad negociadora contribuyeron mucho a su triste final.



...donde aparece ...ial, tomada por ...n año después, ... circunstancias ...no Arredondo, ...del Presidente.

Se suponía, en principio, que Idiarte Borda era un hombre de la «colectividad» liderada por Julio Herrera y Obes. Pero Idiarte Borda era demasiado independiente como para ser títere de nadie y bien pronto reveló –por si alguien no lo sabía ya– que no estaba dispuesto a recibir órdenes.

Durante veintiún días se produjeron votaciones sucesivas en las que figuraban más de media docena de candidatos, entre los que no se encontraba el que finalmente triunfó. Tan es así que, en determinado momento, el Presidente del Senado Duncan Stewart debió asumir el mando interinamente y muchos temieron que el ejército, que no había sido vencido por nadie, encontrase un líder que diese el paso para llenar el vacío de poder que se creaba.

No debemos suponer que el propio Idiarte Borda fuese manco en estas negociaciones, puesto que al final su nombre apareció y alcanzó la mayoría exigida. Que a Julio Herrera no le gustó ese resultado quedó testimoniado en la anécdota que cuenta que, cuando conoció el resultado de la última votación, el comentario del jefe del «colectivismo» fue: «¡Mierda!».

Con malos auspicios, pues, inició su labor el nuevo mandatario. El Partido Nacional, en bloque, era enemigo acérrimo de la «influencia directriz» y consideraba a Idiarte Borda como un continuador de esa política. Pero, incluso dentro del propio Partido Colorado, había sectores independientes que se habían manifestado, desde un principio, contrarios a esa política. Tal vez el caso más notorio y más notable de esto era el de Don José Batlle y Ordoñez. Desde 1886 Batlle tenía su propio diario, «El Día»; había sido legislador y había ocupado cargos importantes. Y además, era hijo de un ex-Presidente de la República. La oposición de Batlle y de su diario «El Día» a Julio Herrera y Obes y –por extensión– a su sucesor Idiarte Borda fue radical y tajante desde un principio, tanto que sus críticas eran casi más duras que las de los propios blancos.



El Presidente Juan Lindolfo Cuestas fue considerado por algunos semanarios satíricos de la época como «el hombre más feo del siglo». En el año 1898, el semanario «El Negro Timoteo» publicaba los siguientes versos a propósito de la fealdad de Cuestas: «Contemple un momento su semblante, ¡qué ojos, qué boca, qué nariz, qué cuajo! Miradle por detrás y por delante y después por arriba y por abajo; ¿No es feo de figura y de talante, de frente y de perfil? ¿Cuál espantajo puede hallarse mayor? ¿En qué museo hay por feo que fuere algo tan feo?

El gobierno y la oposición

La gestión administrativa de Idiarte Borda, que tuvo dificultades en armar su gabinete, resiste la comparación con la casi totalidad de los gobernantes del siglo pasado. Especialmente la gestión del Ministro de Fomento Juan José Castro resultó muy destacada en materia de obras públicas. Se gestionó la creación del primer Arzobispado, para poner a la Iglesia uruguaya al nivel jerárquico de cualquier otro país independiente y se hicieron muchas otras obras, en las que prevaleció un criterio administrativo severo acorde con la difícil situación económica del país.

La quiebra del Banco Nacional creado por Reus y de muchas empresas ligadas directa o indirectamente a él, provocó una situación difícil que hizo que el gobierno tuviese que tomar algunas medidas impopulares pero destinadas a equilibrar las finanzas del país. Siendo un hombre con experiencia en materia de negocios, Idiarte Borda brindó la ayuda del gobierno en varias oportunidades a algunas empresas privadas como la que proveía luz eléctrica o la del ferrocarril para la construcción de ramales nuevos, por lo que fue criticado en el parlamento insinuándose abuso de poder. Pero, en general, la administración de Idiarte Borda fue superior a la mayoría de las administraciones del siglo pasado. Dicho todo esto, resulta difícil explicar cómo y por qué fue asesinado un gobernante que no había mandado matar ni encarcelar a nadie, cuando en el pasado se habían cometido excesos lamentables en esa materia.

La pasión política jugó un papel preponderante en la creación del clima previo al crimen. Tanto «El Siglo», diario liberal principista, como «El Día», perteneciente al propio Partido Colorado, amén de la prensa blanca que anunciaba la revolución, se ensañaron con el Presidente.

El matador, Avelino Arredondo, era un joven del interior, analfabeto, felizmente perteneciente al propio Partido Colorado, pues de otro modo se hubiese configurado un hecho gravísimo en la lucha interpartidaria. El pro-

▲
Los festejos del IV Centenario del descubrimiento de América no generaron las polémicas que generaron un siglo después. Para el 12 de Octubre de 1892 se levantaron tres grandes arcos, en Plaza Independencia y la calle 18 de Julio. El primero, ubicado en el comienzo de la calle Juncal, fue dedicado a España, figurando en el mismo los bustos de los Reyes Católicos, de Colón y de Martín Alonzo Pinzón. El segundo arco se levantó en 18 de Julio en honor a Italia, mientras que el tercero, ubicado en Plaza Cagancha se dedicó a la República. En el predio de la Plaza Independencia se realizó una misa criolla con una impresionante participación popular.



▲
1901 fue un año de intensa agitación obrera, a tal punto que el gobierno decreta en el mes de Octubre el Estado de Sitio. En esta fotografía se visualizan a los obreros del ferrocarril.

pio Arredondo, que se encontraba entre el público a la salida del Te Deum oficiado en la Catedral el 25 de agosto de 1897, debió preguntar a otra persona cuál era el Presidente, porque no lo conocía. Cuando se le contestó que el Presidente era el que tenía colocada la banda presidencial, el asesino no vaciló y le disparó varios balazos a quemarropa, en la calle Sarandí casi frente al Club Uruguay.

La muerte del mandatario fue casi inmediata, y el Presidente del Senado, Juan Lindolfo Cuestas, debió asumir el mando.

A la mañana siguiente, Batlle, ostensiblemente, visitó y felicitó al asesino en la cárcel y luego de cumplida una sentencia de cinco años, le proporcionó un empleo público. En 1931 César Batlle Pacheco propuso en la Asamblea Representativa del Concejo de Administración Departamental (hoy Intendencia Municipal de Montevideo) que se le diese el nombre de Avelino Arredondo a una calle de la ciudad.

La familia Idiarte Borda emigró a Buenos Aires y no regresó nunca más al país. En 1938 las hijas del mandatario asesinado publicaron un libro muy documentado reivindicando la labor gubernativa y la figura moral de su padre. Pero ya el tiempo había pasado y la historia tomaría por otros caminos.

Un país en proceso de cambio

El país que caminaba hacia el fin de siglo, era un país en rápida transformación con respecto al viejo Uruguay criollo. La región, tradicionalmente, había tenido muy escasa población. Según los cálculos que manejamos, en la Banda Oriental no hubo más de cinco o seis mil seres humanos antes de la llegada de los españoles. Al iniciarse la revolución y en el período artiguista, todo el territorio no tendría más que 45.000 o 50.000 habitantes y Montevideo, 10.000. En ese momento Buenos Aires tenía 40.000 habitantes. En 1830 al iniciarse nuestra vida independiente, la población total del país era de 74.000 habitantes, 14.000 en Montevideo y 60.000 en la campaña. Durante la Guerra Grande, Montevideo llegó a tener más de 30.000 habitantes, las dos terceras partes de los cuales eran extranjeros, especialmente, franceses, italianos, españoles. En realidad durante el Sitio, Montevideo era más una colonia europea que la capital de un país independiente. Pero terminado el conflicto la situación se normalizó y la población siguió creciendo sostenidamente con un gran aporte de inmigrantes, especialmente italianos y españoles, como se ha dicho.

Otros orígenes se agregaron más adelante a éstos. Sirio-libaneses, armenios y centroeuropeos, especialmente judíos, se iban a agregar más adelante, con el nuevo siglo.

Demás esta decir que también algunos inmigrantes exitosos ingresaron al viejo patriciado criollo en matrimonios en donde viejos apellidos empobrecidos, adquirían nueva sangre con el aporte de industriales, comerciantes y, aún, estancieros de origen extranjero que aportaban nuevos recursos económicos.



▲ *Exposición Industrial de similares características a las de Ganadería y Agricultura, que se realizaba todos los años. En esta ocasión el evento se realizó en Plaza Independencia.* ▼

Montevideo y la Campaña

Por supuesto que este proceso se dio con más intensidad en Montevideo, en donde quedaban detenidos buena parte de los inmigrantes que no disponían de capitales propios y también en algunas ciudades del litoral. El interior, propiamente dicho, siguió una evolución más lenta signada por el alambramiento de los campos y la importación de vacunos y ovinos de razas europeas que mejoraban gradualmente la producción. Una consecuencia de la supresión de los puestos de las estancias fue el crecimiento de las ciudades y pueblos del interior y la extensión de sus límites en nuevos barrios y zonas aledañas.

El crecimiento de las ciudades se vio grandemente acentuado, alimentado tanto por la inmigración como por el éxodo rural. Ya en la última década del siglo pasado, los remates de Francisco Piria y de Florencio Escardó habían extendido enormemente el área urbana de Montevideo.

El influjo modernizador había transformado aquella apacible aldea de comienzos del siglo XIX, en una ciudad menos provinciana, más cosmopolita, más moderna –si cabe la redundancia– donde la población buscaba el esparcimiento y el recreo en plazas y parques públicos. La vida cotidiana iba dejando su costado recoleto del interior de las casas para convertirse en más pública, más callejera; ahora se salía también de compras o de paseo, no sólo a la iglesia o de visita. Finalmente el ferrocarril cumplió la tarea de traer mucha de esa gente a los alrededores de Montevideo y a la zona sur del Departamento de Canelones.

Estación principal del «Tranvía del Paso Molino y Cerro» hacia fin de siglo. A la derecha se visualiza un tren de caballitos. Muy acertadamente, César Di Candia, en su libro «La generación encorsetada», decía sobre este sistema de transporte: «El trote lerdón de los animales, tenía el mismo ritmo de sus vidas (de los montevideanos), la cordialidad, el trato familiar de los funcionarios, se amoldaba a sus hábitos (...) Los tranvías de caballos eran entonces una prolongación de la vida hogareña. Sus recorridos eran lentos, monótonos y seguros como las propias existencias de los montevideanos».



La filtración demográfica

La filtración demográfica con nuestros dos grandes vecinos, fue también un hecho destacable que continuaba tendencias históricas anteriores. La Banda Oriental y luego el Uruguay fueron siempre lugares de paso, desde donde muchos inmigrantes pasaron luego al sur del Brasil y particularmente al litoral argentino y a Buenos Aires. Esos pasajes, sólo en parte quedaron registrados en las estadísticas puesto que muchos de ellos eran clandestinos y estaban facilitados por la escasa entidad de las fronteras naturales. Aún entre Colonia y Buenos Aires, con el Río de la Plata de por medio, el tránsito de embarcaciones menores era grande y para los colonienses la mejor manera de llegar a Montevideo era vía Buenos Aires.

También debe decirse que durante décadas hubo vapor de la carrera que unía casi diariamente Salto, Paysandú, Fray Bentos, Mercedes, Colonia y Buenos Aires, amén de los puertos argentinos del otro lado del río Uruguay. A fines del siglo pasado mucha de la gente del litoral estaba más vinculada a Buenos Aires que a Montevideo. Muchos grandes hacendados uruguayos tenían casa puesta en la capital argentina y pasaban allí largas temporadas, enviando a sus hijos a colegios de esa ciudad y rea-




Feria barrial en la calle Rondeau.

Bellas y seductoras, vestidas según los dictados de la moda de fin de siglo, las señoritas Angélica y Celenia Requena pasean por la calle Sarandí a la altura del Club Uruguay. Fotografía de 1901.

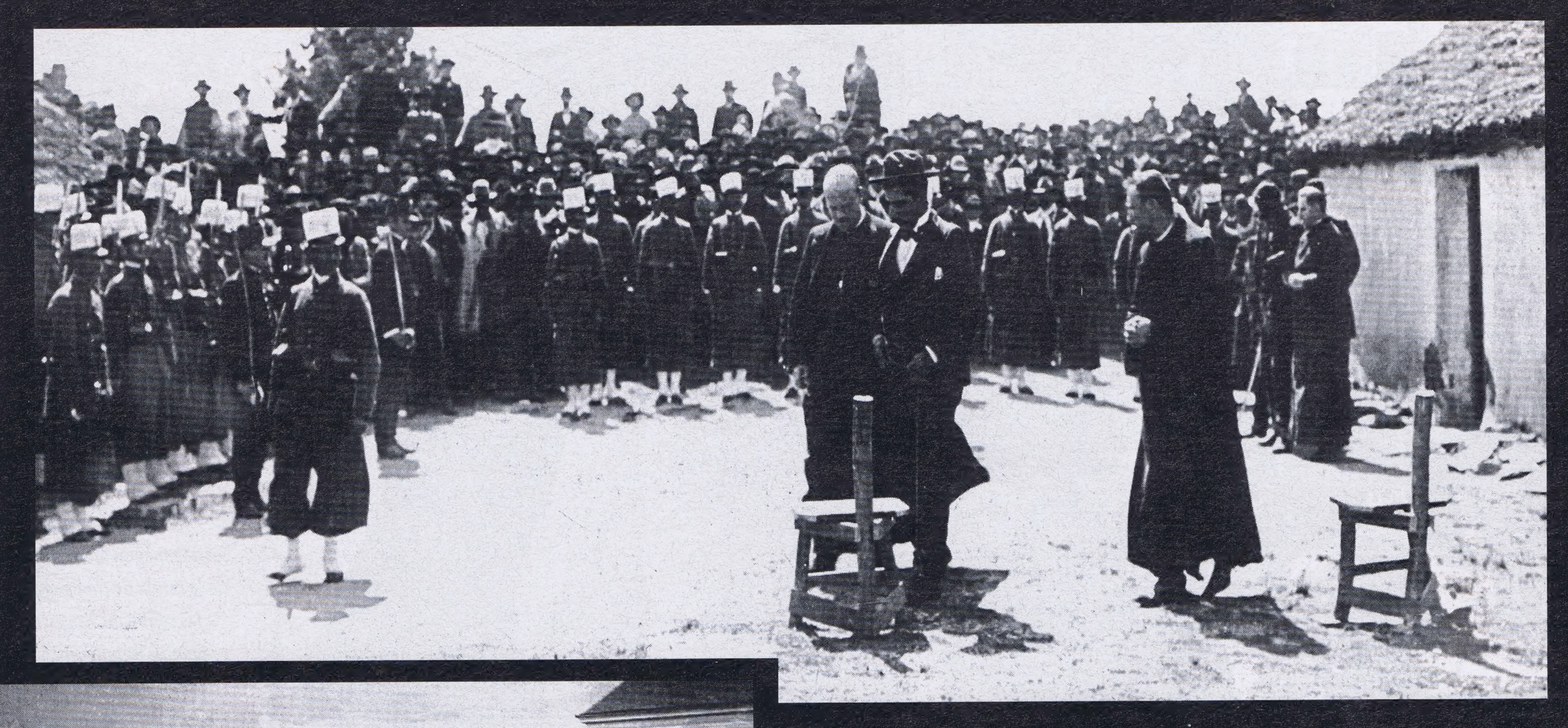
lizando sus compras importantes en la Argentina. Hubo años en que el número de máquinas de coser llegadas al puerto de Salto hubiese dado para que cada habitante de esa ciudad tuviese una. La explicación de este singular «comercio de tránsito» era que desde Salto se abastecía buena parte del sur del Brasil, del litoral argentino y hasta del Paraguay.

Otro tanto sucedía en la frontera con el Brasil. Los volúmenes de comercialización de haciendas de la feria de Melo, serían inexplicables si no se supiese que, con el conocimiento y a la vista de todos, las tropas iban y venían de un lado a otro de la frontera.

Pero, conjuntamente con estos procesos, se dio también la continuación de algo ya iniciado, incluso desde nuestra propia independencia. La influencia británica en el Uruguay llegó a ser tan grande que en la década del 90 del siglo pasado el Uruguay era el país, del mundo entero, con más inversiones británicas per cápita, lo cual hizo decir, con cierto cinismo, a Julio Herrera, el día en que fue electo presidente, que se sentía «como el gerente de una gran empresa cuyo directorio estaba en Londres».

Los ferrocarriles, el gas, las aguas corrientes, el transporte urbano, la banca, las compañías de seguros y los transportes marítimos, eran ingleses, por lo que el Uruguay, desde el punto de vista económico vivió hasta los comienzos de nuestro siglo «a la sombra del Imperio Británico».

Además de las «carreras de caballos», las «corridas de toros» y el «foot-ball» –juego importado y practicado por los ingleses del ferrocarril–, otro deporte habitual y que podía ser apreciado por los montevideanos de fin de siglo era el de las «regatas» que anualmente se practicaban en la bahía de Montevideo.



Fusilamientos

Antiguamente, en el predio hoy ocupado por la Plaza de los 33, se realizaban las ejecuciones de los presos comunes condenados a muerte. Dichos fusilamientos formaban parte de la vida cotidiana de los orientales de aquella época. Tanto es así, que desde las 8 de la mañana gran parte de la población se volcaba a la plaza para presenciar los últimos momentos de las víctimas, que desde la cárcel del Cabildo y en carruaje, arribaban a la plaza a encontrarse con la muerte. De rodillas escuchaba la sentencia, para luego, esperar la descarga de cuatro fusileros. Por supuesto, el infaltable cura dando la absolución final, le daba el toque de terminación al patético cuadro. Hacia mediados de 1860, gracias a la iniciativa privada de los dueños del predio, se coloca una fuente, y se confeccionan canteros con barandas, convirtiéndola en una Plaza de Paseo con el nombre de Artola. Los fusilamientos, entonces, comienzan a realizarse en la misma penintenciaria. Los que se aprecian en estas imágenes son de finales de siglo.

EL MAS DESGRACIADO ENTRE TODOS LOS HOMBRES
ES EL QUE NO SABE SOBRELLEVAR LAS DESGRACIAS
"Platon"